El concepto hebrero de verdad

Dios y nosotros, J. Danielou
Ediciones Cristiandad, Madrid 2003

"A través de [la Alianza], Dios manifiesta una cierta cantidad de rasgos, que definen al Dios de la Biblia, y constituyen específicamente la teología bíblica: la verdad, la justicia, el amor. A menudo esos rasgos se malinterpretan, porque no se los entiende en función de su sentido bíblico, sino en su significado vulgar. Elucidarlos es una de las tareas fundamentales para el conocimiento de Dios.

El primero es la verdad. La palabra hebrea que lo expresa es emet. Se tradujo en griego como alètheia, y en latín como veritas. Pero su sentido es completamente diferente al que tiene esas palabras en el lenguaje filosófico. Para los griegos, la verdad es esencialmente la transparencia del objeto al espíritu. Es, según la definición escolástica, la adaequatio rei et intellectus. Su símbolo es la luz. Por otra parte, la misma palabra alètheia, significa sin duda "desocultamiento".
El criterio de verdad es, pues, la evidencia. Pero la palabra emet se orienta totalmente en otra dirección. Su raíz alude a la solidez de algo sobre lo que uno puede apoyarse. Designa también a la columna que sostiene un edificio. Se refiere al apoyo que el niño recibe de su madre cuando descansa entre sus brazos. Se refiere al apoyo que ofrecen a Moisés los dos hombres que sostienen sus brazos mientras reza, con los brazos extendidos, en la montaña.

En el sentido moral, la palabra "verdad" califica al servidor fiel, con el que se puede contar. Vemos entonces el sentido que tiene aplicado a Dios. Lo designa como aquél sobre el cual el hombre puede apoyarse con todo su peso, porque es

veraz y fiel. Vemos la transformación que esto produce en la idea de verdad. Su fundamento ya no es la evidencia del objeto conocido, sino la veracidad del testigo que lo hace conocer. Por tanto, la vía de acceso a la verdad no es la razón, sino la fe.

Creer es apoyarse con todo su peso en la Palabra de Dios. Y no se trata de un modo inferior de conocimiento, sino por el contrario, del conocimiento por excelencia. Porque la razón no llega a las realidades últimas y esenciales. Éstas solo son conocidas a través del testimonio. Y la fe, que es un modo superior de certeza, es también la vía de acceso a las realidades superiores.

Este punto es importante. Es evidente que si abordamos las realidades de las que nos habla la Biblia con la concepción griega de verdad, necesariamente nos confundimos. Es lo que les pasa a muchos. Aplican a las realidades reveladas el criterio de la evidencia racional, que es el único que reconocen. Pero esas realidades no admiten tal criterio. No son intrínsecamente evidentes a la razón. Y de ahí a negar que puedan ser objeto de certeza, no hay más que un paso. Pero justamente es un error concebir toda certeza según el tipo de conocimiento racional y científico. La certeza de fe basada en el testimonio es una certeza absolutamente válida.

Esto es incluso cierto en el plano humano, donde las certezas fundamentales de la existencia, el amor de los otros por nosotros, la realidad de los hechos históricos, solo se conocen por el testimonio. Considerar entonces que no son objeto de una certeza absoluta, es ceder a una duda morbosa.

Se observará, en efecto, que el criterio de evidencia sólo vale para el mundo inferior de las cosas materiales; en cuanto se llega al nivel de las personas, se choca con los límites de la razón. Lo propio de las personas, como dijo Scheler, es el silencio. Ellas sólo pueden ser conocidas si se revelan; y solo se revelan por

amor. En el plano del testimonio, la verdad deja el mundo de las cosas para entrar en el mundo de las personas. Se convierte en expresión de la relación que las une, de la intersubjetividad. Es la señal de su comunicación. Las pone en dependencia mutua. Las saca del solipsismo y del idealismo.

Adquiere así un carácter moral. El testimonio compromete a toda la persona, en cuanto ser responsable. Aquí la falta de verdad no se llama error, sino mentira.
Si es así al nivel de las personas, es evidente que lo es más aún con respecto a Dios. La pretensión de convertir a Dios en un objeto del que el espíritu podría apropiarse es una pretensión blasfema. Dios es la subjetividad soberana. Es lo que significa en la Biblia, YHWH, que no debe traducirse como: "Yo soy el que soy", es decir el ser, sino como "Yo soy lo que soy", es decir, soberanamente independiente en el ser, ser personal y vivo. Por lo tanto, Dios solo puede ser conocido si se revela. Por eso, la Revelación es la vía de acceso al conocimiento del Dios oculto".